

El libro de M. Lévy-Brühl es la brillante ampliación de las ideas sustentadas por M. Durkheim y admitidas por sus colaboradores (1); matízalo el sugestivo estilo de una proclama; M. Durkheim lo suscribe sin reservas (2). Es un verdadero manifiesto de escuela.

“No hay, asevera M. Lévy-Brühl, no puede haber moral teórica. En adelante, únicamente se contarán en la ciencia las investigaciones llevadas a cabo según el método sociológico.”

¿De dónde procede este descrédito de la Moral? ¿Qué censuran en ella los sociólogos?

(1) «Plenamente de acuerdo con el espíritu de las *Règles de la méthode sociologique*, de Durkheim, plácenos reconocer lo que debemos a su autor.» (LÉVY-BRÜHL, pág. 14, nota primera.)

(2) «Se encontrará en la obra de M. Lévy-Brühl, analizada y demostrada con rara intensidad dialéctica, la misma idea que constituye la base de todo lo que aseveramos aquí.» (DURKHEIM, *L'Année sociologique*, t. VII, pág. 380, París, 1904.)

CAPÍTULO PRIMERO

Crítica de la Filosofía moral (1)

Es un asalto general. Moral kantiana, moral utilitarista; teorías empíricas, teorías intuitivas; sistemas deductivos, sistemas inductivos: no se respeta ninguna de las construcciones filosóficas de los moralistas.

Un ligero reconocimiento en torno de sus edificios ha sido suficiente para que los sociólogos se percatasen de su fragilidad. Son diversos los estilos arquitectónicos, pero todos ellos carecen de sólidos cimientos. Bastarán algunos golpes de piqueta para desmoronarlos. No faltará a este objeto una mano diestra y fácil. Después, sobre las ruinas de la antigua Filosofía moral, la Sociología edificará una nueva ciencia de las costumbres.

No pidáis a los sociólogos, cuyas ideas exponemos, un minucioso análisis de las diferentes fórmulas morales, una profunda discusión de los principios, un examen detallado de las aplicaciones. Apenas cuidan elaborar un sistema nuevo; menos todavía elegir entre los sistemas existentes. Solucionan la crisis de la Moral decretando la supresión de toda teoría moral. Es un anatema en bloque, una ejecución en masa, después de un proceso sumarísimo.

(1) Bibliografía: L. LÉVY-BRÜHL, *La morale et la science des mœurs*, París, 1903. — E. DURKHEIM, *De la division du travail social*, París, 1893. Prólogo e introducción.

He aquí los agravios:

I.—Todos los sistemas de moral son integrados por una teoría y por las aplicaciones de ésta. Formulan los principios que deben guiar la conducta y seguidamente exponen las normas prácticas de la acción. Por eso los filósofos reclaman para la Ética el título de "ciencia normativa".

Imposible, dicese, aceptar esta reivindicación. No hay, no puede haber ciencia teórica de la moral (1).

En efecto, el concepto de ciencia normativa es contradictorio.

Quien dice ciencia dice conocimiento de lo que es, pesquisa de las leyes que regirán los fenómenos, estudio especulativo, investigación desinteresada.

Las morales teóricas no responden a esta definición. Su función es prescribir. Determinan qué fines debe proponerse el hombre. Son, por esencia, legisladoras.

No cabe dudar que, en los sistemas inductivos y empíricos, la ciencia de lo que debe ser supone el conocimiento científico de lo que es. Empero, el conocimiento del mundo, de la naturaleza humana y de la organización social que constituye la base de estas morales, no es el producto de sus propios esfuerzos. Suminístranlo la Metafísica y las ciencias positivas.

La supuesta ciencia moral no es, por consiguiente, teórica más que de nombre o por derivación (2).

II.—Los filósofos presentan, como surgiendo de su teoría, los preceptos de conducta que recomiendan.

(1) LEVY-BRÜHL, cap. I.

(2) «En moral, la parte teórica no constituye una ciencia, ya que ella tiene por objeto determinar no lo que es en realidad, la suprema norma de la moralidad, sino lo que debe ser.» (E. DURKHEIM, *Les règles de la méthode sociologique*, página 33.) — Consúltese, A. BAYET, *La morale scientifique*, páginas 33 y siguientes, París, 1905.

Preténdese que son ilógicos. Entre su doctrina especulativa y las reglas prácticas no hay una relación de principio a consecuencia. La deducción es simplemente aparente.

He aquí el argumento de M. Lévy-Brühl (1): Comparad, en una misma época y en una misma civilización, los diferentes sistemas de moral. Observaréis que, en general, abocan a preceptos que entre sí se asemejan tanto cuanto difieren las teorías.

A no dudarlo, prosigue, hay excepciones; evidentemente también el fondo común adopta varios tonos, según el sistema donde entra...

Sin embargo, el hecho comprobado en conjunto demuestra que en moral las aplicaciones no derivan de la teoría.

¿Por qué M. Lévy-Brühl no ha seguido aquí, como en otras partes, a M. Durkheim siquiera en el detalle de la demostración? M. Lévy-Brühl considera desde muy alto el conjunto de los sistemas morales. A tamaña distancia se le antojan opuestos en teoría y de acuerdo en la práctica; y atribuye esta conformidad a la preocupación de los escritores de no ser desautorizados por la conciencia moral común de su tiempo. Si se aproximara más, vería lo contrario: la identidad de los principios y la variedad de las conclusiones; las más antagónicas concepciones de la vida y los más desemejantes proyectos de reforma social reclaman para sí proceder de las mismas ideas de felicidad, deber, justicia, utilidad general; y quizá explicase estas divergencias por el afán de originalidad. Indudablemente no habría cambiado su conclusión sobre la falta, en moral, de un nexo lógico entre las teorías y los preceptos, mas se fundamentaría sobre muy otras premisas.

(1) Capítulo II.

Por su parte, M. Durkheim no se ha confinado en tan vagas generalidades. Ha procurado inquirir desde más cerca y asestar a los sistemas de moral golpes directos (1).

Afirma rotundamente que todas las fórmulas generales de la moralidad sucesivamente propuestas, son defectuosas.

Kant, por ejemplo, se ha esforzado inútilmente por deducir de su imperativo categórico los deberes de caridad.

La moral de la perfección explica suficientemente porqué el individuo debe procurar extender su sér tanto como le sea posible; mas, ¿por qué pensar en los otros?

¿Por qué los hombres hállanse vinculados por una comunidad de esencia? Ciertamente, la solidaridad es un hecho, pero esto no basta para erigirla en deber. De que en la realidad no se pertenezca a sí íntegramente el hombre, no puede concluirse que no se deba pertenecer de tal suerte. Evidentemente somos solidarios de nuestros vecinos, de nuestros mayores, de nuestro pasado. Mas ¿qué prueba que esta dependencia sea un bien? De que acaso es inevitable, no se sigue que sea moral.

Aún resaltaría más la insuficiencia de estas doctrinas si de ellas pretendiésemos la explicación, no de los deberes generalísimos, sino de las reglas más particulares. Cuanto más concretas son las máximas morales, tanto más difícil es descubrir el nexos con los conceptos abstractos a los cuales se pretende unirlos.

No se hallan más sólidamente construídas las morales tituladas empíricas. Es casi inútil detenerse en la que se fundamenta sobre el interés individual; sería menester violentar la lógica para deducir el altruísmo del egoísmo.

Una fórmula harto corriente define la moral como la

(1) *División du travail social*. Introducción. — Cons., *La science positive de la morale en Allemagne*.

función del interés social. Empero, ¡cuántas cosas, útiles y hasta necesarias a la sociedad, no son, sin embargo, morales! Inversamente, ¡cuántas prácticas morales obligatorias, cuyos servicios a la comunidad permanecen ignotos!...

En resumen, ninguna fórmula integra todos los hechos cuya naturaleza moral es indubitable, es decir, los deberes generalmente admitidos.

M. Durkheim descubre la razón de esta insuficiencia de las teorías en el método seguido por los moralistas.

Ellos construyen la moral con todo género de materiales para imponerla después a las cosas. Parten del concepto del hombre, derivando el ideal que se les antoja convenir a esta abstracción; después erigen la obligación de realizar ese ideal en norma suprema de la conducta. Las diferencias que distinguen las doctrinas, proceden únicamente de que no en todas partes se concibe de la misma manera al hombre.

Semejante método es impugnado desde un triple punto de vista.

En primer término, no se ha demostrado que pueda sintetizarse la moral en una regla única y compendiarse en un solo concepto.

En todo caso, si se pretende inquirir el criterio fundamental de la moral, precisa adoptar el método ordinario de las ciencias. De sólo un modo puede llegarse a lo general: observando lo particular, minuciosamente y en detalle. Luego el único medio de descubrir la función de la moral consiste en estudiar las múltiples reglas particulares que efectivamente dirigen la conducta.

Los mismos moralistas limitanse a una superficial inspección de los principales fenómenos de la moral. Unos logran el vago sentimiento de que no hay moral sin desinterés. Otros ven, más o menos claramente, que no podemos obrar si no nos hallamos interesados en nuestra acción.

Pátese, allá, del concepto del bien o del deber; aquí, de la noción de lo útil. Supónese que la única razón suficiente de la moral es defender los grandes intereses sociales o asegurar el desarrollo del hombre. Empero, tales premisas se fundamentan siempre sobre una experiencia incompleta e imprecisa.

Estas fórmulas generales de la moralidad, pues, no nos suministran un resumen de los caracteres esenciales que realmente presentan las reglas morales en una sociedad determinada. Imposible atribuirlos a los criterios objetivos en cuya virtud apreciamos la moralidad de las prácticas. Estos son aspectos subjetivos y más o menos aproximados; aspiraciones personales que responden a algún deseo particular. Expresan la manera cómo el filósofo se representa la moral, y cada cual concibe a su modo el ideal que plantea como un axioma. A la hora de ahora, a esta pregunta tantas veces repetida: ¿cuál es o cuáles son los últimos principios de la moral?, no puede el moralista responder más que confesando su ignorancia.

Además, aunque una ley regulara toda la moral y nosotros supiésemos de ella, no se podría deducir las verdades particulares que integran la trama de la ciencia. Apenas se compliquen las circunstancias, el sólo raciocinio será harto débil en orden a los hechos.

Por ejemplo: los dialécticos pretenden establecer que el hombre ha sido creado para una libertad absoluta; pero los historiadores nos demuestran que, en ciertos estados de la civilización, la esclavitud ha sido útil y necesaria. Entre nuestros derechos y nuestros deberes, no hay uno que, a su tiempo, y con justo motivo, no haya sido descuidado. Lo que es lícito para un pueblo, ha podido ser ilícito para otro, porque las reglas morales no lo son más que en relación a determinadas condiciones experimentales. Importa, pues, determinar estas condiciones. De otra suerte,

colocando la moral fuera del tiempo y del espacio, no se puede hacerla descender en los hechos.

III.—Finalmente, M. Lévy-Brühl censura a las morales teóricas suponer postulados inadmisibles (1).

Desde luego admiten la idea abstracta de una "naturaleza humana", individual y social, idéntica a sí misma en todos los siglos y en todos los países; y consideran esta naturaleza como harto suficientemente conocida, para que sea posible imponerla las normas de conducta que mejor la convienen en cada circunstancia.

En realidad de verdad, el "hombre", que de tal suerte sirve de objeto a la especulación moral, dista mucho de representar con exactitud a toda la humanidad. Muy al contrario, es el tipo de cierta raza y de cierto tiempo. Para la filosofía antigua es el griego. Para los modernos es el hombre de la sociedad occidental y cristiana.

Ignorantes de otras civilizaciones que aquéllas en que vivían, los teóricos de la moral han ampliado a la humanidad entera lo que habían aprendido de la naturaleza humana, desde el punto de vista psicológico, moral y social, por la observación de sí mismos y de su medio.

Mas he aquí que, desde hace un siglo, se desvanece la ignorancia. Explórase las remotas regiones de la Historia, el Egipto, Asiria, la antigua América. Estúdiase las grandes civilizaciones independientes de la nuestra, las lenguas, las artes, las religiones de la India, la China y el Japón. Y la historia comparada de las instituciones suministra al concepto de la "naturaleza humana", un contenido de día en día más exuberante y variado.

La etnografía nos revela, en las sociedades inferiores, los modos de sentir, pensar, imaginar, las formas de orga-

(1) LEVY-BRÜHL, cap. III.

nización social y religiosa, de las cuales, sin ella, nunca habríamos tenido la más leve idea.

Desde ahora, no podemos representarnos la humanidad entera, en los órdenes psicológico y moral, como demasiado semejante a la porción que conocemos por nuestra experiencia inmediata, para que nos dispensemos de estudiar el resto (1).

Las morales teóricas, pretendiendo deducir de un principio único toda su doctrina, suponen—he aquí otro de sus postulados—que la misma conciencia presenta una sistematización perfecta. Su contenido formaría un conjunto armónico y tendría una unidad orgánica; sus preceptos mantendrían entre sí relaciones lógicamente irreprochables.

Examinado desde el punto de vista objetivo, este postulado es difícil de sostenerse. En efecto, nuestras obligaciones morales dejan ver realmente una extraordinaria complejidad, y nada asegura que esta complejidad encubra un orden lógico. Para el análisis sociológico, el contenido de la conciencia es una irregular estratificación de prácticas, prescripciones y normas, cuya edad y procedencia difieren extremadamente. Algunas remóntanse a muy lejana fecha de la Historia, quizá aun de la Prehistoria. El conjunto no tiene otra unidad que aquella de la conciencia vi-

(1) «La filosofía de *Naturrecht* creía poder deducir de la naturaleza del hombre en general, una moral inmutable, válida para todos los tiempos y para todos los países... El vicio fundamental de toda esta doctrina consiste en que se fundamenta sobre una abstracción. Ese hombre general, en todas partes y siempre idéntico a sí mismo, no es más que un concepto lógico, sin valor objetivo. El hombre real evoluciona como el medio que le rodea.» (DURKHEIM, *La sc. posit. de la mor. en Allemagne*, pág. 43). Cons. *La philosophie dans les universités allemandes*, pág. 337.

viente que lo contiene. La composición es heterogénea (1). El segundo postulado asiéntase sobre tan insegura base como el primero.

Tales son las acusaciones de la Sociología contra la Moral. M. Lévy-Brühl cierra su alegato con estas palabras: «Examinada en su definición, en sus métodos, en sus postulados, la moral teórica, tal como se la concibe habitualmente, parece incapaz de sostenerse.»

¿Es justo demoler todos los sistemas de moral, sin ofender a quienes los edificaron un recuerdo de gratitud? ¿No han prestado ningún servicio?...

Hubo un tiempo en que desconocíase en absoluto las teorías morales. No obstante, existía la Moral. Aprobábase o imponíase ciertas acciones; se censuraba o prohibía otras. Normas definidas regulaban las relaciones de los hombres y el funcionamiento de las instituciones. Mas estos preceptos y estas leyes no suscitaban ninguna preocupación científica. Fue la primera fase, la de la moral espontánea. Todavía no habían surgido de los pueblos de civilización inferior (2).

Llegó un día en que la reflexión se aplicó a la moral practicada, a las costumbres observadas. Empero ello acaecía bajo el influjo de preocupaciones utilitaristas. El espíritu no se inquietaba tanto por conocer como por justificar. Cuidaba especialmente de legitimar a los ojos de la razón las reglas existentes. Fue la edad de las morales teóricas (3). Estas «racionalizaron» la práctica: su papel ha sido doblemente útil.

(1) «El derecho, las costumbres no son sistemas lógicamente derivados de máximas abstractas, sino fenómenos orgánicos que han vivido la misma vida que las sociedades.» (DURKHEIM, *Introduction à la sociologie de la famille*, pág. 275.)

(2) LÉVY-BRÜHL, pág. 285.

(3) Idem, pág. 287.

Desde luego fortificaron en los espíritus una necesidad intelectual de explicaciones teóricas. Sin los filósofos que han construido las "metamoraes,, acaso nunca hubiera surgido una ciencia propiamente dicha de los fenómenos morales.

Además han contribuido a introducir un poco de orden lógico en el conjunto de las prácticas tradicionales.

Los sociólogos acceden a rendirlas discretamente este homenaje que apenas les compromete (1). Pero, muy penetrados de la superioridad de su propia misión, no se cansan de humillar las pretensiones de los moralistas.

Estos han imaginado edificar la ciencia de la moral y creído fundar sus prescripciones sobre su teoría. ¡Ilusorias pretensiones! (2).

Huelga notar que las morales teóricas nunca han llevado a cabo una labor científica, ya que no se han dedicado al estudio objetivo de la realidad moral, es decir, de la práctica existente, de las reglas admitidas, de las leyes en vigor.

Además, siempre ha permanecido simplemente dialéctica su pretendida legitimación de las normas de conducta. Las reglas de la moral no deben su autoridad a las teorías inventadas para sostenerlas. Los filósofos han "fundado,, la moral del mismo modo que la religión natural, es decir, intentando justificar, por una deducción racional, las creencias cuyo origen es lo menos racional posible.

Por último, los moralistas no han comprendido que la moral no ha menester ser fundada. "Las morales,, —es decir, los conjuntos observables de reglas, prescripciones, imperativos y prohibiciones — existen, independientemente de toda especulación, con igual título con que las religiones,

(1) LÉVY-BRÜHL, págs. 92 y 288.

(2) Idem, págs. 48, 99 y 192.

las lenguas y los derechos (1); son primitivos. Edificar o deducir lógicamente la moral es una empresa fuera de ocasión. Para todas las conciencias del tipo medio de una civilización, ciertos modos de obrar aparecerán como obligatorios, otros como vitandos, otros, en fin, como indiferentes: esto es un hecho. No hay lugar a "dictar,, en nombre de una teoría, las reglas de la moral práctica. Estas reglas tienen la misma especie de realidad que los demás hechos sociales.

¿Qué hacer ahora que la crítica de los sociólogos ha desvanecido la ilusión? (2).

Ya que existe una realidad moral objetiva, el hombre, si es racional, debe esforzarse por conocer las leyes, para observarlas en cuanto le sea posible.

En adelante, el esfuerzo especulativo no consistirá, pues, en determinar "lo que debe ser,, es decir, realmente, en prescribir. No tendrá otro fin directo e inmediato que la adquisición del saber.

El conjunto de los hechos morales—es decir, las reglas de la conducta individual y colectiva—llegará a ser el objeto de una investigación desinteresada y absolutamente teórica. Se estudiará la conciencia, conforme se presenta en las diferentes sociedades humanas y con el mismo espíritu con que la ciencia de la naturaleza física estudia su objeto.

El método será el método sociológico. Porque la sociología científica afirma en principio que los hechos morales son fenómenos sociales.

Cuando se posean cierto número de leyes regulando los hechos, se podrá aspirar a modificar la práctica mediante

(1) «Ha existido un derecho y una moral desde que varios hombres comenzaron a relacionarse y a vivir juntos.» (DURKHEIM, *Les études de science sociale*, pág. 72.)

(2) LÉVY-BRÜHL, pág. 289.

una aplicación racional de la doctrina científica. En efecto, admitir que la realidad social tiene sus leyes, de ningún modo equivale a reputarla esclava de una especie de *fatum*. Por consiguiente, los sociólogos no se verán forzados a comprobar lo que han sido las morales de las diversas civilizaciones (1), pero el resultado de sus pesquisas hará posible el progreso social reflexionado.

Cuando prevalezca esta nueva concepción, se habrán organizado normalmente, en orden a la moral, las relaciones de la teoría y de la práctica. Este será el tercer estadio de la evolución.

Habrà desaparecido la filosofía moral, la supuesta ciencia a la vez teórica y normativa.

No obstante, cada sociedad proseguirá viviendo con su moral propia.

La Sociología emprenderá el estudio positivo de los hechos morales del presente y del pasado. A la antigua especulación dialéctica sobre los conceptos sustituirá la investigación científica de las leyes de la realidad.

Por último, más tarde, el saber teórico se dedicará a las aplicaciones. Se fundará un arte racional, moral o social, que aprovechará los descubrimientos de la ciencia. A este efecto utilizará para el mejoramiento de las costumbres y de las instituciones existentes el conocimiento de las leyes sociológicas.

(1) CONS. DURKHEIM, *Div. du travail social*. Prólogo.

CAPÍTULO II

La concepción sociológica de M. Durkheim (1)

1.—LOS TRES POSTULADOS FUNDAMENTALES

El primero, y hasta ahora el principal esfuerzo de M. Durkheim ha consistido en establecer el carácter científico de la Sociología y, sobre todo, en defender su derecho a una existencia autónoma.

Es posible una ciencia, propiamente dicha, de la socie-

(1) Bibliografía: *Les études de science sociale* (Revue philosophique, t. XXII), París, 1886. — *La philosophie dans les universités allemandes* (Revue internationale de l'enseignement, tomo XIII), París, 1887. — *La science positive de la morale en Allemagne* (Revue philos., t. XXIV), 1887. — *Le programme économique de Schaeffle* (Revue d'économie politique, t. II), París, 1888. *Cours de science sociale. Leçon d'ouverture* (Revue intern. de l'enseignement, t. XV), 1888. — *Introduction a la Sociologie de la famille* (Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux, año 1888). — París, 1888. — *Suicide et natalité* (Rev. philos., t. XXVI), 1888. — *De la division du travail social*. París, 1893; 2ª edición: 1902 con un prólogo nuevo titulado *Quelques remarques sur les groupements professionnels*. — *Note sur la définition du socialisme* (Revue philos., t. XXXVI), 1893. — *Les règles de la méthode sociologique* (Rev. philos., t. XXXVII-VIII), 1894. — *L'enseignement philosophique et l'agrégation de philosophie* (Rev. philos., t. XXXIX), 1895. — *Crime et santé sociale* (Rev. philos., t. XXXIX), 1895. — *L'origine du mariage d'après Westermarck* (Rev. philos., t. XL), 1895. — *Le suicide*, París, 1897. — *Il suicidio considerato sotto l'as-*